

LA GRIETA



CARLOS SPOTTORNO & GUILLERMO ABRIL

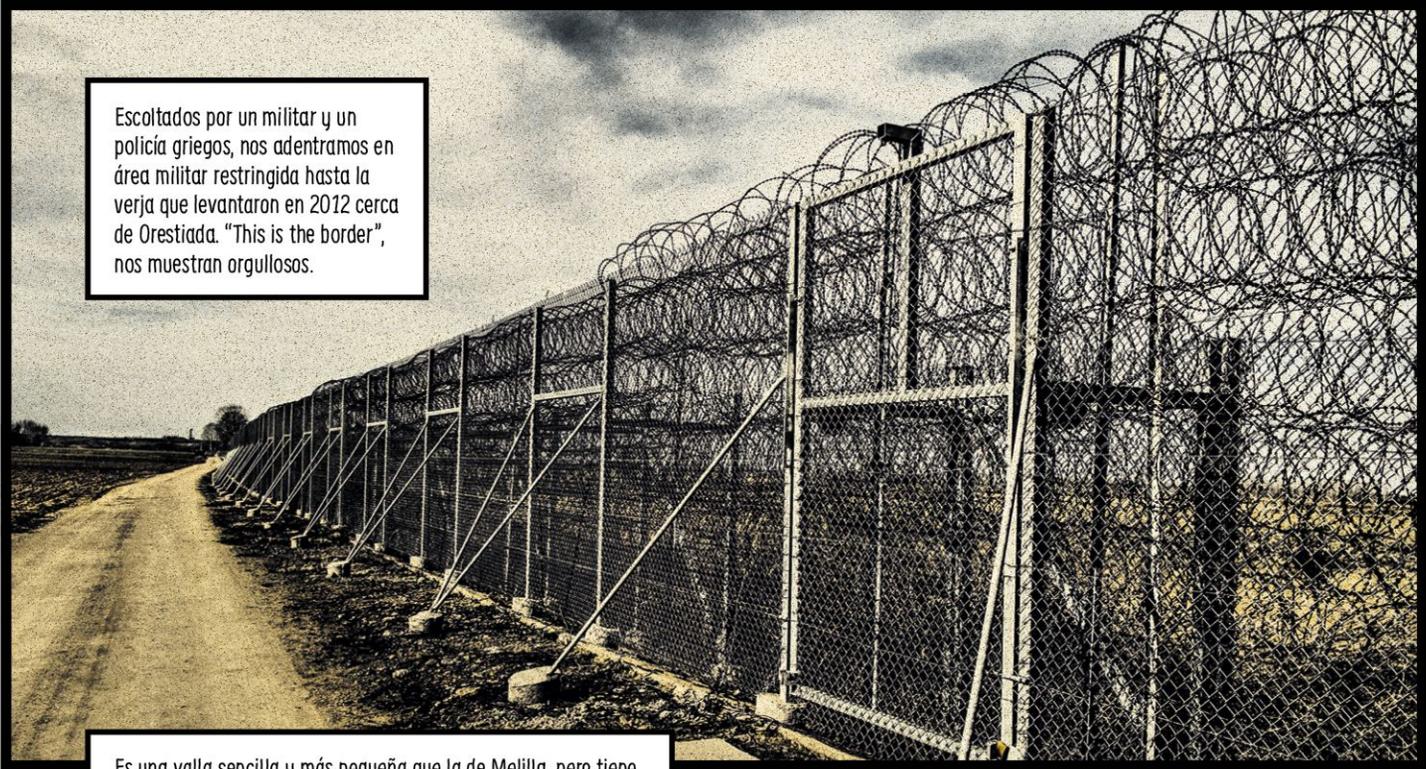
ASTIBERRI



En febrero de 2014, Carlos y yo ponemos rumbo a Tracia, una región de nombre histórico donde se juntan las fronteras de tres países: Grecia, Bulgaria y Turquía. Volamos a Estambul y de allí cogemos un autobús hasta Alexandrópolis, en tierra helena. No es fácil meter en la UE un coche alquilado en Turquía, así que esta es la opción más sencilla si queremos movernos rápidamente en la región.

Antes de cruzar a Grecia, Carlos asoma la cámara por la ventana tintada. "Clic". Foto clandestina en el paso fronterizo. Abandonamos Turquía. Estamos de nuevo en casa.





Escortados por un militar y un policía griegos, nos adentramos en área militar restringida hasta la verja que levantaron en 2012 cerca de Orestiada. "This is the border", nos muestran orgullosos.



Es una valla sencilla y más pequeña que la de Melilla, pero tiene más concertinas. "No hay noticias de que nadie la haya saltado".



Estos campos fueron durante un tiempo la ruta principal de inmigración ilegal en Europa. Entraban hasta 1.000 personas diarias a pie desde Turquía. Con la valla lo han reducido a cero.

La frontera en Grecia es un asunto complicado. El margen de seguridad es de 500 metros y los campesinos son informadores de la policía. Está prohibido fotografiar Turquía. Ni siquiera el río Evros, que es una frontera natural.



En cuanto podemos nos adentramos a escondidas en zona vedada. Se percibe la paranoia al viejo enemigo musulmán. Descubrimos vestigios de guerras de otro tiempo.



De pronto nos sorprenden vehículos militares. Nos retienen e interrogan. Amenazan con el calabozo. "You are in a very serious situation", dice el oficial al mando. Por suerte, Carlos lleva dos cámaras. Una al cuello y la otra en la mochila. Miente cuando le preguntan qué fotos ha hecho. Enseña las de la cámara visible, pero no menciona la cámara oculta. Inexplicablemente, no lo comprueban. Le obligan a borrar las fotos que han visto, pero conservamos la más importante: una imponente imagen de Edirne, la primera ciudad en tierra turca.



Siendo estrictos, la única imagen legal de esta doble página es la primera.



Cerca de la verja, visitamos un centro de primera acogida. Aquí traen a los inmigrantes sorprendidos al cruzar la frontera. "Esto no es una cárcel", asegura el funcionario.

Una visita decepcionante. Hay un grupo de sirios recién llegados. Han atravesado el río Evros desde Turquía. Nos impiden hablar con ellos. Todo parece prohibido en Grecia. Ni siquiera nos permiten hablar con los trabajadores de las ONG.



Pero nos muestran con detalle las instalaciones. Christos, el responsable, trata de compensar la opacidad informativa con una tierna historia de un bebé sirio al que han bautizado con su mismo nombre.



"No habléis con ellos". "No fotografiéis su rostro". Hemos tramitado decenas de papeles con el Gobierno griego para llegar aquí. Pero se muestran inflexibles.



En el centro hay sirios, afganos, eritreos, argelinos... A todos, salvo a los sirios, los envían a los 15 días a un centro de detención adyacente acusados de entrada ilegal. No nos dan acceso, pero desde el coche, al irnos, buscamos un ángulo para ver su interior.

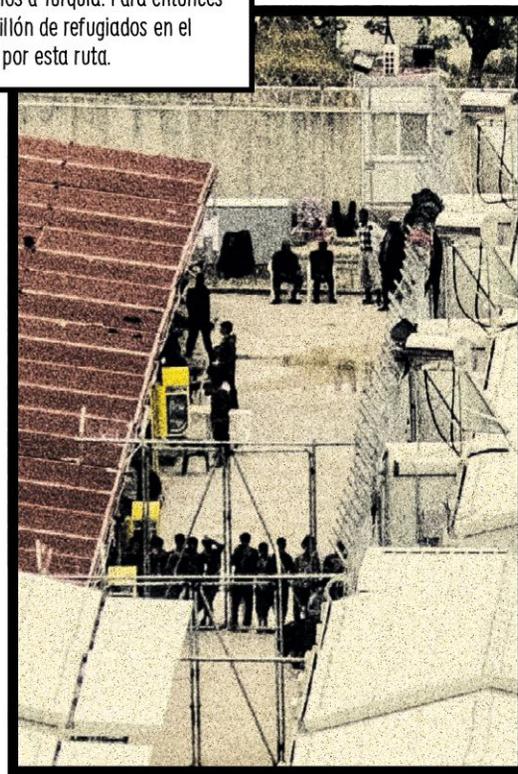


Christos se despide con una reflexión sobre la UE: "Debería haber una alianza entre países del sur. Sufrimos la troika y a la vez soportamos la inmigración frente a los países del norte".

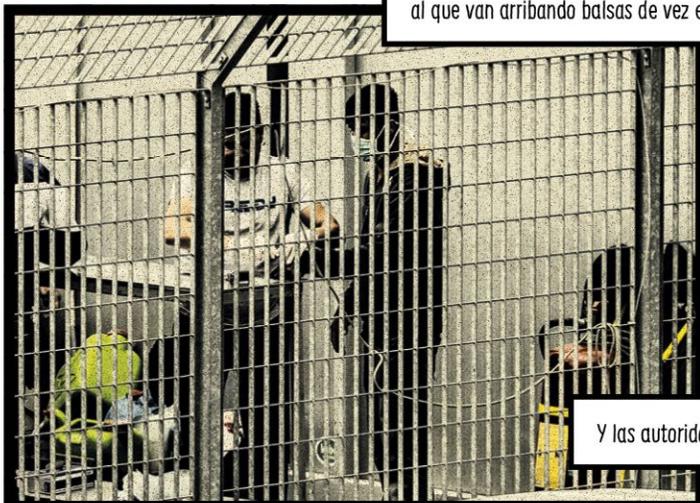
Es un momento extraño en Grecia. El país ha logrado echar el cerrojo. Apenas entran inmigrantes. Y el campo de refugiados de Moria, en Lesbos, se encuentra a medio gas.



Desde esta isla, dos años más tarde, comenzarán las deportaciones masivas de sirios a Turquía. Para entonces habrán entrado más de un millón de refugiados en el continente. La gran mayoría, por esta ruta.

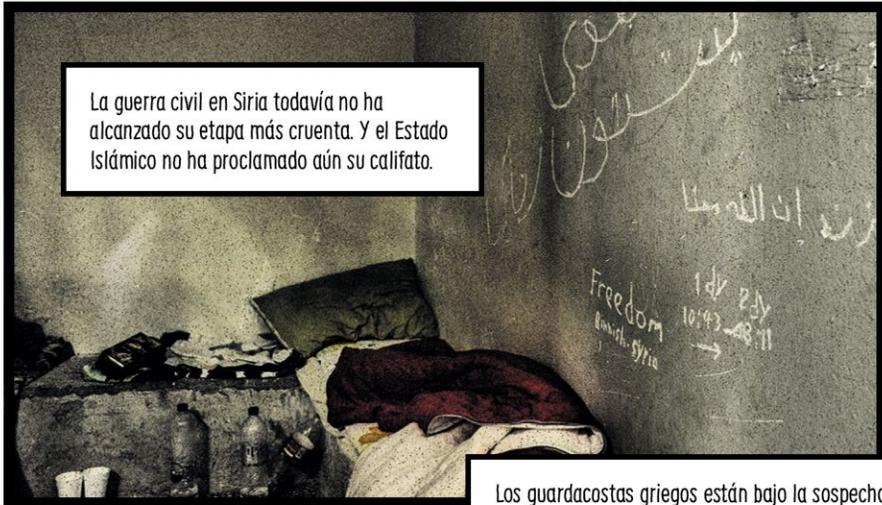


Pero de momento es un lugar apacible en el Egeo al que van arribando balsas de vez en cuando.



Y las autoridades aún no tienen problemas para fichar a los recién llegados.

La guerra civil en Siria todavía no ha alcanzado su etapa más cruenta. Y el Estado Islámico no ha proclamado aún su califato.



Los guardacostas griegos están bajo la sospecha de haber hundido barcos con refugiados. Son tajantes: "No se puede fotografiar la lancha, los instrumentos de navegación ni a los agentes".



"Podéis hacerle fotos al mar".



Tras un par de horas de mucha labia Carlos consigue arrancar dos posados, fiscalizados disparo a disparo.



Con Grecia sellada, la mayoría de los refugiados se ha buscado una ruta alternativa para adentrarse en la UE. Hacia allí nos dirigimos.

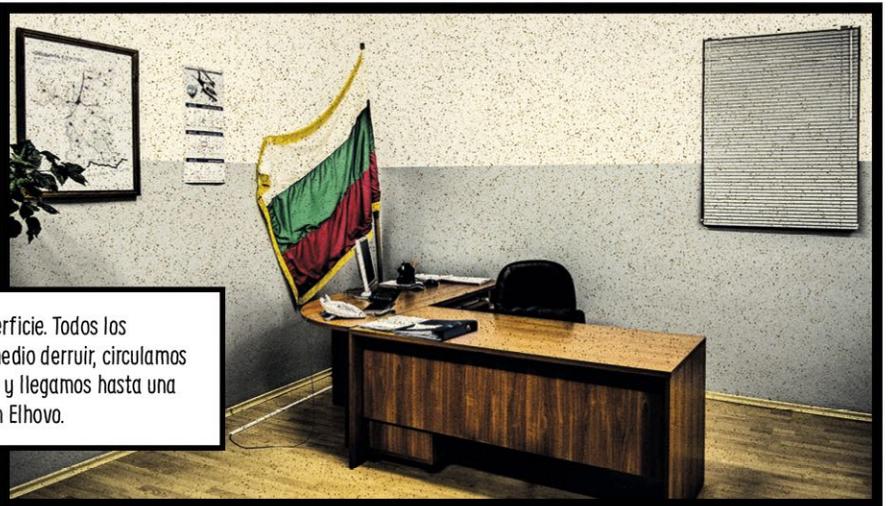
Bulgaria es el país más pobre de Europa. Estaban acostumbrados a ser ellos los emigrantes. Un Frontex* español destinado en la región nos cuenta cómo comenzó todo hace unos meses: "Se veía un éxodo de sirios cruzando desde Turquía". Nadie se lo esperaba.



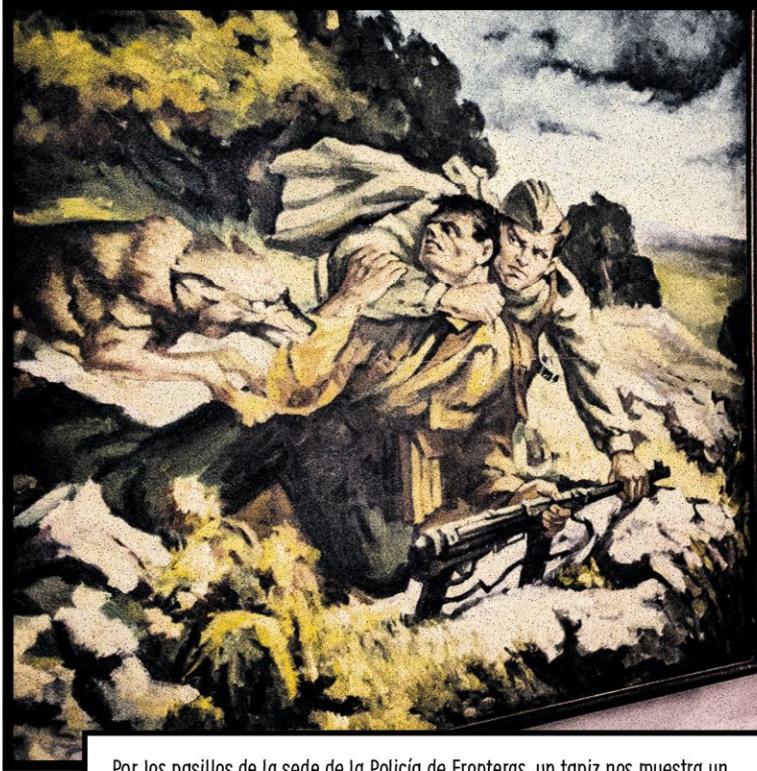
Cuando atravesamos en coche la frontera desde Grecia, los policías búlgaros miran nuestros pasaportes y sonríen: "¿Frontex?". Aquí no parece llegar nadie más.



La pobreza se ve en la superficie. Todos los edificios se encuentran a medio derruir, circulamos por carreteras agujereadas y llegamos hasta una base de tintes soviéticos en Elhovo.



* Miembro de la Agencia Europea para la Gestión de la Cooperación en las Fronteras Exteriores.



Por los pasillos de la sede de la Policía de Fronteras, un tapiz nos muestra un pasado aún reciente. Quizá el presagio de un futuro cercano.



"Hace un par de años, la inmigración era cero. En apenas seis meses, han entrado 11.000 personas". La mayoría sirios. Desde Sofía han enviado un contingente de 1.500 policías para vigilar las colinas. Y la UE ha financiado esta sala, desde la que controlan 274 kilómetros de frontera con Turquía.

Cámaras térmicas. Monitores funcionando las 24 horas. Un vídeo de muestra.

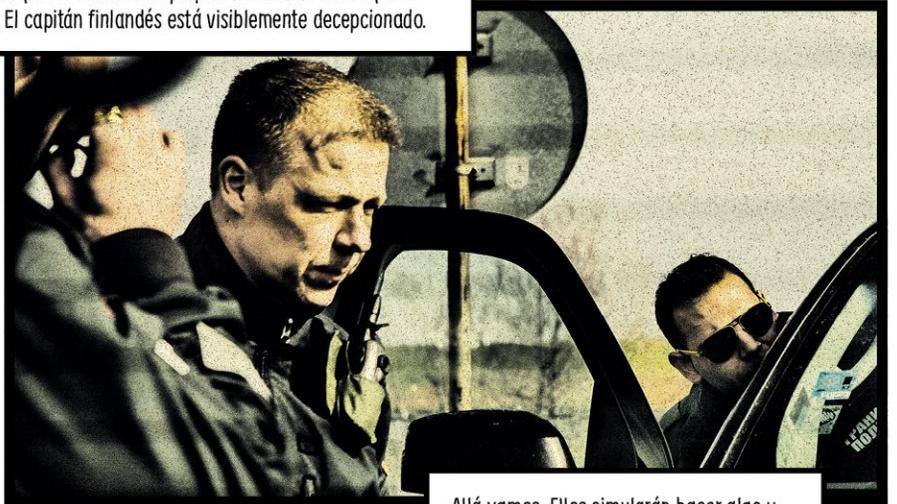


Enseguida nos acordamos de Melilla.

Hemos acordado una cita con una patrulla de Guardias de Fronteras finlandeses. Su misión es patrullar la "frontera verde" con Turquía: los bosques. Son muy amables. Saben que frente a nosotros son la cara de Europa.



Pero no habrá patrulla. El supervisor búlgaro no lo permite. A cambio, harán un ejercicio de rescate para nosotros. Un pequeño teatro diseñado para cubrir el expediente. El capitán finlandés está visiblemente decepcionado.



Allá vamos. Ellos simularán hacer algo y nosotros simularemos estar de acuerdo.





Que empiece el espectáculo.



Llevan al perro a mear entre los matorros. Tendremos que conformarnos con eso para el reportaje.



Carlos y yo casi no podemos contener la risa mientras el amable agente finlandés simula estar herido. "¡Duele mucho!". Su colega le tranquiliza: "Ahora estás a salvo; ya estás en Europa".





Después del espectáculo nos dirigimos al paso de frontera con Turquía.



Da igual cuánto nos esforcemos. La inspectora Elena Gerdzhikova, nuestra guía, se las arregla para mantener una fría e incómoda distancia con nosotros.



Por el camino, de pronto recordamos por qué hemos venido hasta aquí. Una cola infinita de camiones nos golpea con el sentido real y primitivo de lo que significa una frontera. Hace décadas que no vemos nada parecido dentro de Europa.



Llegamos al paso de Lesovo. Aquí también han empezado a reforzar las medidas de vigilancia. Una valla, sensores de movimiento...



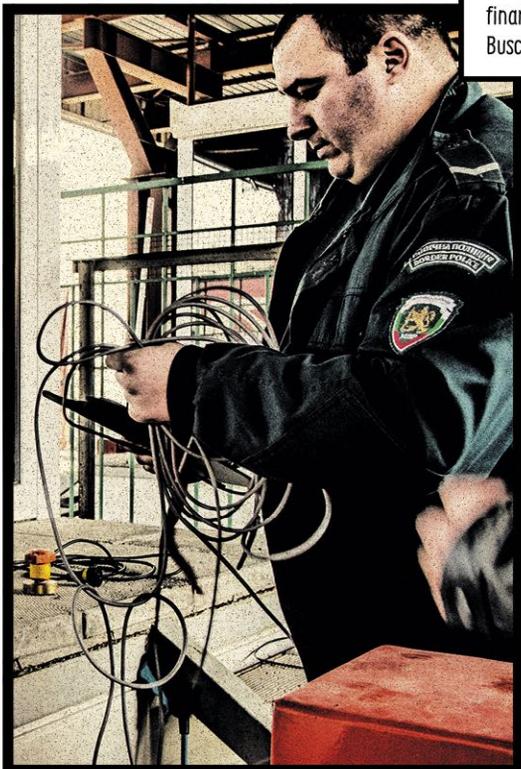
La misma empresa que levantó la valla de Melilla figura entre las contratas.



La maquinaria de control funciona como un reloj suizo. Turquía es un país amigo, pero no siempre ha sido así.



Un oficial de fronteras búlgaro inspecciona un camión con un aparato que aparenta no haber tenido mucho uso. Está financiado por el Fondo de Fronteras Exteriores de la UE. Buscan narcóticos, cigarrillos, armas... y personas.



Los refugiados han encontrado en esta esquina de Europa un camino barato y relativamente seguro.

Llegamos a Harmanli, un pequeño pueblo cercano a la frontera. Una antigua base militar sirve ahora de centro de acogida.



Da cobijo a 900 personas. La mayoría son sirios, pero hay muchos otros conflictos de los que escapar.



Jawad fue intérprete para las tropas estadounidenses en Afganistán. Los talibanes mataron a su padre, destruyeron su granja y quemaron sus documentos. Cuando los americanos empezaron a retirarse, se olvidaron de Jawad. Su viaje como refugiado empezó hace siete años.





La mayoría viene de países musulmanes. Muchos se reencuentran con la oración a lo largo del viaje. "Rezarse reconforta".



Es fácil ver que Bulgaria se ha visto superada.



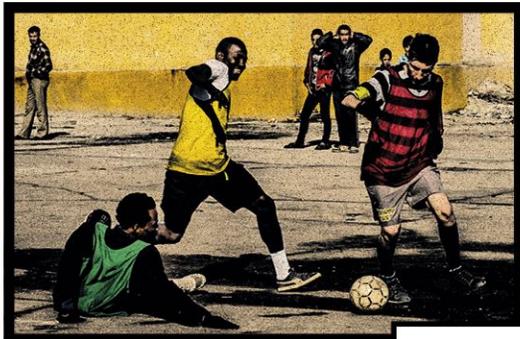
Con una mezcla de rabia y resignación, uno de los internos, funcionario kurdo, pregunta: "¿De verdad esto es Europa? Estábamos mejor en Siria".

Ayer vino el primer ministro búlgaro. Los refugiados dejaron su particular mensaje para las cámaras.





Aquí también nos encontramos con un partido de fútbol. Están jugando sirios contra africanos.



En la liga de Harmanli compiten ocho equipos en bucle.



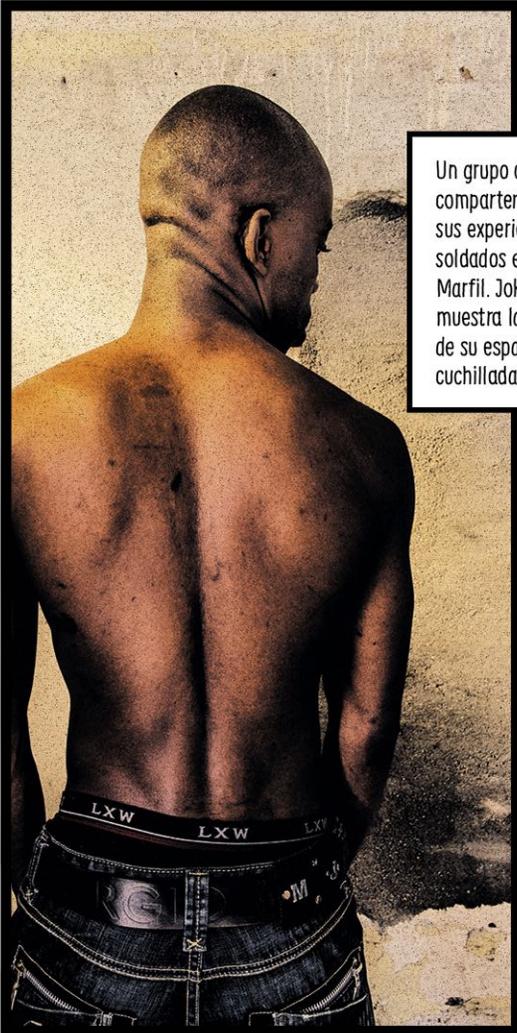
El tiempo pasa muy despacio. Esto es como un anillo del infierno del que nadie puede escapar.



Tampoco hay adónde ir. Bulgaria no forma parte del tratado de Schengen. Una vez que pides asilo político, te quedas encallado en este sórdido sitio. Pronto se verá lo débil que es ese tratado.



En el edificio africano hay gente con tuberculosis.



Un grupo de jóvenes comparten con nosotros sus experiencias como soldados en Costa de Marfil. Jokouehi Frank muestra las cicatrices de su espalda. Son cuchilladas.



Y de nuevo, una pregunta recurrente: "¿Cómo podemos seguir nuestro viaje?"



Y de nuevo, solo podemos contestar: "No lo sabemos".



La mayoría de los sirios y kurdos están en una parte del campo donde hay barracones modernos y bien equipados: dormitorios, baño y cocina.



Surgen los oficios. La normalidad se adueña del entorno.



Los refugiados dicen que la comida que les da el ejército búlgaro es asquerosa.



Para salir de dudas, probamos las lentejas. No están tan malas, pero tampoco son alta cocina. A las puertas de los barracones se venden huevos, galletas y refrescos.



Una pareja de kurdos hacen todo lo que pueden por olvidar que están en un campo de refugiados. Con un trozo de moqueta verde y unas vallas de obra, han conseguido el milagro: su barracón casi parece una casa de verdad.

Para nosotros es hora de volver a Madrid y preparar nuestro siguiente viaje. Aún no sospechamos lo dramático que iba a ser.